

PREMIOS CONCURSO CERVANTES 2017

CATEGORÍA C

RELATO

PRIMER PREMIO

Aurora Román Poza. 2º Bachillerato A

“Bravata”

BRAVATA

Sana supo que él no iba a regresar a casa el día de su decimoquinto cumpleaños. Un hombre de uniforme había aparecido en la puerta de la casa familiar en el momento en el que ella iba a soplar las velas, que posaban orgullosas en el pastel de nueces, que tanto habían costado a su madre conseguir. El primero en recibirlo fue su hermano pequeño, que recorrió el camino hasta la puerta principal mientras relamía de sus dedos la cobertura de chocolate que había logrado arrebatarle a la tarta en uno de los despistes de su madre. Cuando está última llegó, su rostro se ensombreció ante el saludo ceremonioso del hombre, rompiendo finalmente a llorar al comprender el motivo de la visita, sin necesidad de palabras. Fue en ese momento cuando Sana observó el rostro del soldado, que permanecía de pie incómodo y agotado, y se preguntó cuántas casas más le quedarían por visitar para terminar la jornada. La cera de las velas se apiló sobre el dulce y ninguno comió tarta aquel día. Un año después, la biblioteca apareció ante Sana.

La oscuridad se cernía sobre la casa silenciosa, excepto por los recurrentes gimoteos que procedían de la habitación de sus padres. Sana giró sobre su cuerpo y cerró los ojos con fuerza, intentando desesperadamente dejarse llevar por el sueño, cuando escuchó un sonido metálico, que resultaba a su vez como un grito de ayuda. Se levantó de la cama, cuidando de no despertar a su hermano, impulsada por su curiosidad infantil, tras debatir durante unos momentos si debía o no hacerlo. Una mueca de decepción se asomó en su cara al ver las calles de la ciudad vacías, bañadas únicamente por la luz de la luna amarillenta reflejada sobre los edificios en ruinas, cuando de repente se asomó a su vista una enorme estructura de hierro, erguida con soberbia justo ante la puerta de su casa. Cuando se cercioró, después de parpadear varias veces durante un par de segundos, de que no se había vuelto loca ante la falta de descanso, bajó las escaleras con la mayor diligencia que le era posible, sorteando las cajas que almacenaban los alimentos en conserva de los que todavía eran propietarios. Sus pies desnudos pisaron la hierba mojada y putrefacta que formaba lo que antes había sido un jardín. Su madre no había podido hacerse cargo ella sola de su mantenimiento y, aunque Sana había intentado ayudar por todos los medios posibles, era utópica la idea de encontrar algo para contrarrestar el efecto que las llamas y los químicos habían tenido en la naturaleza. La entrada de la fortaleza de acero se alzaba ante sus ojos y en un repentino acto de valentía se atrevió a cruzar la puerta, tendida ante que ella como una ofrenda.

-¿Dónde estoy? –preguntó Sana a la vez que daba vueltas rodeando las pilas y pilas de libros que se agolpaban por todos los rincones de la habitación, mientras las yemas de sus dedos anhelaban el contacto del papel.

-¿No es obvio? –se burló alguien a su espalda.-Estás en una biblioteca.

La chica giró sobre su cuerpo y buscó con la mirada a quien pudiera ser el dueño de la voz, apoderándose la confusión de su cuerpo cuando no vio nadie.

-¿Quién eres? ¿Dónde estás? –nerviosa, frunció el ceño mientras empezó a morderse las cutículas que rodeaban una de sus uñas de la mano derecha a la vez que rastreaba todos los rincones de la habitación.

-¿No debería ser yo quién hiciera esa pregunta? Puesto que aquí eres tú la intrusa – un resoplido cansado llamó su atención.- Al menos podrías mirarme a los ojos, niña.

Su mirada se cruzó con otra, felina de iris verdes. Un gato negro la observaba irritado.

-Ni que nunca hubieras visto a un gato hablar –se mofó él con un gesto de indignación.

-No es eso –se defendió ella.- Es que donde vivo no quedan muchos gatos.

-¿Y que habéis hecho con ellos? ¿Os los habéis comido?- la mofa del gato se tornó en un ademán de horror cuando ella agachó la cabeza, avergonzada.

Hasta hacía dos años, Sana nunca se había planteado que los gatos pudieran comerse. Ella misma había sido la orgullosa dueña de un minino al que llamó como una de esas estrellas adolescentes por las que suspiraba en los baños del colegio mientras reía con todas sus amigas. Era invierno cuando se había anunciado por radio que se cortaba todo tipo de racionamiento de suministros hasta nuevo aviso. Sana no notó demasiado la diferencia al principio, únicamente quizás en que la cantidad de comida que era servida en los platos era, gradualmente, un poco menor. El problema llegó a la séptima semana, cuando aún no había llegado dicho aviso y la comida cada vez era más complicada y cara de conseguir. Tampoco es que hubieran podido mantener al gato durante mucho más tiempo de todas formas. Sana se había negado rotundamente a comerse a su amigo en un estofado y lloró cada segundo que había durado la cena. Echaba de menos a su gato. También a sus amigas.

-Ya basta, Kafka –lo reprendió una voz para después dirigirse a ella en un tono de dulzura.-Tú debes de ser Sana.

-¿Cómo sabes mi nombre?- se sorprendió ella.- ¿Y quién eres?

-Preguntas, preguntas, preguntas, siempre tienen que hacer preguntas –farfulló en un resoplido cansado.- Sé tu nombre del mismo modo que conozco el nombre de todas las cosas. Y en cuanto a mi nombre, soy la única cosa que no debe ser nombrada.

Una figura andrógina, de un aspecto no mucho mayor que ella, la miraba con una sonrisa amable. Sana tenía la sensación de que cada vez que si pestañeaba, minúsculos detalles de su rostro, como el color de sus ojos o la forma de su nariz, variaban y sabía que cuando más tarde intentara recordar su aspecto, no lo conseguiría.

-¿Por qué estoy aquí?

-¿Cuál es tu libro favorito, Sana? Puedes conocer mucho de una persona por los libros que lee –habló finalmente, sin llegar a contestar a su pregunta, provocando que ella arrugara la nariz.- Personalmente, encuentro fascinantes los libros de aventuras. Aunque no podría quedarme solo con uno- confesó.- ¿Qué hay de ti, Sana?

-No me gusta leer- mordió el interior de su mejilla derecha y espero algún tipo de reprimenda que no llegó.

-El brillo de tus ojos cuando has visto tanto folio reunido en un mismo lugar no es algo que se pueda fingir- comentó despreocupado el felino entre los lamidos de una de sus patas.

-Solía leer- admitió finalmente.

-¿Solías? –unos ojos buscaron los suyos, invitándola a seguir con la historia.

-Alguien que conocía me enseñó –empezó, sintiendo como un peso se apoderaba de ella.- Pero no va a volver, así que ya no veo un motivo por el que merezca la pena.

-A veces no tienes un motivo. Simplemente sigues adelante –añadió, dándole a Sana la sensación de que ya no hablaban únicamente de leer o no.

-¿Cómo? –lo miró a los ojos mientras sus mejillas se tornaban húmedas.

-Construyes una fachada y presumes de lo valiente y fuerte que eres –reconoció sosteniendo su mirada.-Hasta que un día ya no finges.

La mañana siguiente se despertó para encontrarse con las manos de su hermano, que en algún punto de la noche se había hecho un hueco entre sus sábanas raídas, entrelazadas con las suyas. Lo apartó con cuidado, acariciando su mejilla con dulzura, y salió de la habitación, sin preocuparse por calzarse las pantuflas desvencijadas que descansaban al borde de la cama. Pasó por delante de la habitación de sus padres, de donde provenían unos suaves ronquidos entrecortados, hasta que llegó a la puerta que nadie había abierto en meses. La sala estaba tal y como la recordaba, quizás con una cantidad de pequeños intrusos mucho mayor. Se acercó al piano marrón que descansaba en uno de los rincones y vio sobre sus teclas unos dedos rechonchos e infantiles siendo conducidos por otros, callosos y experimentados. Su atención erró hasta una fotografía en la que una niña, con incipientes huecos entre los dientes y un peto adornado eclécticamente por dinosaurios, descansaba sobre el regazo de un hombre de mirada amable que sostenía un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. Dejó que sus manos recorrieron las espigas de los libros, motas de polvo colmando el ambiente, translúcidas entre los primeros rayos de luz, mientras sus dedos trazaban nuevas posibilidades.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió en casa.

Alexander Hamilton